

rioso, que tiene obligación de elegir y, por tanto, que quiera o no, tiene que ejecutar su libertad. La vida tiene frente a la fatalidad una dimensión de fatalidad. Para eso no se puede vivir sin decidir libremente lo que se va a hacer. La vida es siempre más o menos nuestra creación y tiene en su raíz un germen de arte. El arte empieza aceptando una fatalidad. El poeta acepta la fatalidad de la rima y del ritmo, y concentrándose y apoyándose en ella crea la poesía. Por eso puede decirse del hombre en general lo que Nietzsche decía del arte. Nietzsche decía del arte que danza encadenado. La vida es una creación rítmica como la danza que el hombre hace con la cadena de la fatalidad. Pero es preciso que haya creación; no hay vida sin creación, buena o mala. Lo que se llama vida a la deriva es ya una creación; haber creado la anulación de la propia existencia, haberla asesinado, haberla estrangulado.

¿Cuál es el papel del hombre?—Pero, señores, preguntarán ustedes: En la circunstancia, ¿cuál es el papel del hombre? Hace algún tiempo se escribió en un ensayo publicado en el extranjero, no en España, bajo este título: *¿Quién es usted?* La pregunta parece la más fácil de replicar del mundo; pero si ustedes la hacen alguna vez ante una persona determinada y exigen con perentoriedad y en serio una respuesta, verán ustedes la gran dificultad en que se encuentra el preguntado. Por lo pronto dará respuestas inoportunas o vulgares, o demasiado sabias. Dirá: ¿Quién soy yo? Fulano de tal, y enunciará un nombre civil. Pero esa persona puede cambiar de nombre sin que deje de ser él quien es. Entonces más sabiamente rectificará y dirá: Yo soy mi cuerpo y mi alma. Tampoco. Yo no soy mi cuerpo; yo no soy mi alma. Mi cuerpo y mi alma son mecanismo perfectos o uniformes con los que me encuentro como me encuentro con mi paisaje. Soy, si ustedes quieren, las cosas del mundo que me son más próximas, las que tengo que manejar más inmediatamente para vivir. Tengo un cuerpo enfermo y tullido; tengo un alma sin imperio y sin voluntad, y soy sin embargo. Tengo que utilizar esos instante para vivir mi vida, para resolver el problema de mi existencia. Yo no soy mi alma y mi cuerpo; me encuentro con ellos como con el paisaje; son elementos del paisaje. Por eso, del paisaje nos vienen tantas y tan constante influencias.

Yo tengo que vivir con mi cuerpo, sobre mi paisaje castellano, a ochocientos metros de altura sobre el nivel del mar. Esta cifra aritmética no es sin importancia. Yo quisiera ver como hubiera sido la maravillosa y ubérrima historia de Francia, si los señores franceses hubieran tenido que vivir a ochocientos metros de altura sobre el nivel del mar. Nada decide de la historia del pueblo como la altura sobre el nivel del mar, que supone inclemencias mil. Pues bien, yo tengo que vivir desde mi paisaje castellano, como ustedes que vivir desde su pai-

INDICE

**La remesa de esta semana:**

H. Christian Andersen: <i>El cuento de mi vida</i> . Autobiografía	3.50
Tagore: <i>El Jardinero</i> . Un vol. pasta.	4.00
Juan Ramón Jiménez: <i>Platero y yo</i> . Un volumen. Pasta	4.00
G. Martínez Sierra: <i>Tú eres la paz</i> . Novela.	3.50
Vicente Hiodobro: <i>Altazor</i> . Poema.	2.75
W. Schapp: <i>La nueva ciencia del Derecho</i>	6.50
W. L. Eikenberry: <i>Biología pedagógica</i>	5.50
G. Maraón: <i>Don Juan en el teatro, la novela y en la vida</i>	3.50
Valentín Andrés Alvarez: <i>Tararí</i> . Farsa cómica	2.00
F. A. Vuillermet: <i>La juventud y los deportes</i>	2.00
G. Maraón: <i>El bocio y el cretinismo</i>	3.00
E. Vzech Jochberg: <i>Hiller</i> . Un movimiento alemán	4.00
César Juarros: <i>La sexualidad encandada</i> . Ejemplos y consejos	4.50
Ellen Key: <i>El siglo de los niños</i>	1.25

Solicítelas al Adr. del Rep. Am.

saje de Asturias. Sería interesante notar qué elementos del paisaje asturiano se han filtrado en el alma del astur; pero eso nos llevaría a intentar algo para lo cual no hay tiempo.

Una psicología del asturiano no sería, por mi parte, cosa imprevista. Nunca he escrito sobre ella; pero en mis charlas particulares suele residir toda una teoría sobre la psicología del asturiano. Para abriros sólo la curiosidad, os diré que esta teoría la titulo la psicología del cascabel. ¿Cuáles son las fuerzas contradictorias que producen esa externa acción del cascabel, que por un dolor y luchas de sus elementos contra su periferia, produce, no obstante, un sonido alegre? Tal vez ese alma que con sus dolores y sus luchas interiores produce hacia afuera una alegría, sea el símil que me preocupa de la psicología del asturiano.

Las falsificaciones de la vida.—Pero dejemos este asunto. Es demasiado sugestivo. Huyamos de él. Se hace un poco tarde. Unas palabras sobre lo que acabamos de comentar acerca de las falsificaciones de la vida. ¿Quién soy yo?, preguntaba antes. Esta pregunta que todo hombre debe hacerse: ¿Quién soy yo, si no soy mi cuerpo ni soy mi alma? La única respuesta es ésta: Yo soy el que mañana y luego tiene que realizarse de una manera determinada. De suerte que si no consigue realizarse de esa manera determinada, yo habré fracasado. Yo soy, por ejemplo, un hombre que tiene vocación intelectual. Si mi vida me obliga a no ejercitar esa función, mi vida fracasaría. Si la imposibilidad de ejercitarla es transitoria, mi vida cuando menos se perturba, como acontece ahora, que por deberes y sacrificios nacionales me encuentro metido en la política. El otro, cuando se pregunta quién soy yo, dirá: Soy el hom-

bre que está enamorado de tal mujer, que, si no logra su correspondencia sentimental, sentirá fracasada su vida.

Cada cual, pues, es un determinado programa vital, el cual se produce o no; pero con el cual oprimimos la circunstancia, oprimimos la fatalidad a fin de ver qué proporción de él puede realizarse. Pues bien, los dos fundamentos de verificación de la vida son éstos: o de que no aceptamos en todo su rigor y con claridad las circunstancias que nos rodean, que vivimos en circunstancias imaginarias, mentira, o de que el programa vital, con el cual oprimimos el destino, no sea sincero, no sea el auténtico nuestro, no sea nuestra vocación.

El programa tiene que ser auténtico. Esto decía yo no hace muchas tardes en el Parlamento, cuando advertía que política es ante todo un proyecto de vida en común que un Gobierno ofrece a un pueblo, que es la imaginación de grandes empresas en que cada ciudadano tiene su quehacer. Política es ante todo, dibujar atractivos horizontes. No se me quiso entender. Se me dijo que eso era dibujar. Ya lo han visto ustedes; lo mismo en la vida intelectual que en la colectiva hay una necesidad inexcusable, y es que el ser viviente individual o colectivo tenga un programa. Lo que hace falta es que ese programa sea sincero, porque en tiempos como éste nada más fácil que perderse en insinceridades, en falsificaciones y en traiciones.

Constantemente el ambiente nos está solicitando para que seamos infieles a nuestro programa vital. Los jóvenes, sobre todo por el poco peso y densidad que aún han logrado en su nueva existencia, tienen la facilidad de ser arrebatados como hojas por cualquier viento. El joven está siempre queriendo ser otra cosa que lo que es: el personaje de la novela, el héroe político que a la sazón está de moda. Tiene, pues, lo más grave que puede acontecer al hombre: contagio espiritual. La mayor parte de nuestras ideas y sentimientos no son nuestros, sino como polvo del camino. No han sido pensadas esas ideas, sentidos esos sentimientos desde el fondo original y absoluto. Han sido sólo recibidos.

Es menester que de cuando en cuando hagamos un balance, que no nos dejemos arrebatar nuestra propia existencia. Yo espero que este pueblo asturiano, que ha tenido siempre gente tan clara, que no se ha perdido nunca en nebulosidades mitológicas, que va derecho a esta hora decisiva, concentrándose sobre sí mismo, acepte con claridad las circunstancias actuales del destino español, que ha de dibujar con energía un programa auténtico de vida común.

Después de todo, no haremos sino servir aquella norma en que el viejo Píndaro resume su época, y que a mí me parece el principio de todos los principios morales. Píndaro decía que todo está en esto: "llegar a ser lo que se es".

José Ortega y Gasset